

CAPITULO V.

LOS JUDIOS LLORANDO SOBRE LAS RUINAS DE LA CIUDAD—SENTIMIENTO DE LÁSTIMA—TRAGES Y COSTUMBRES DE LOS JUDIOS—SINAGOGA—CONVENTO É IGLESIA DE SANTIAGO—CASA DE ANÁS—SEPULCRO DE ABSALON—IDEM DE JOSAFAT—TORRENTE CEDRON—GRUTA DE SANTIAGO—FUENTE DE LA VIRGEN—NATORIA DE SILCÉ—POZO DE NEHEMIAS—HACÉLDAMA—SANTO CENÁCULO—CODICIA DE LOS TURCOS—CASA DE LA VIRGEN—IDEM DE CAIFAS—CORTESIA DE LOS CISMÁTICOS—CAPILLA DE LA VIRGEN EN EL CALVARIO—SEPULCROS DE LOS REYES—IDEM DE LOS JUECES—NOCHE EN EL SANTO SEPULCRO—EMOCION RELIGIOSA—HISTORIA DE LA PASION, LEIDA EN EL CALVARIO—PIEDRA DE LA UNCIÓN—SENTIMIENTOS DE UN CRISTIANO, EN EL SANTO SEPULCRO—MISA EN ESTE LUGAR—CABALLEROS DEL SANTO SEPULCRO—GRUTA DE JEREMIAS—HERMANAS DE SION—LUGAR DEL «ECCE HOMO»—SUBTERRANEO MISTERIOSO—MISA EN EL CALVARIO—VISITA AL SEMINARIO PATRIARCAL—VIA CRUCIS EN JERUSALEN—VISITA A LAS HERMANAS DE SAN JOSÉ—VIAJE Á EMAUS—SEPULCRO DE SAMUEL—MISA EN EL MONTE OLIVETE—SEGUNDA NOCHE EN EL SANTO SEPULCRO—PROCESION DE LOS GRIEGOS—DESPEDIDA DEL SANTO SEPULCRO—REEDIFICACION DE LA CÚPULA—SALIDA DE JERUSALEN—ADIOS Á LA CIUDAD—RAMLA—FARY PEDRO NÚÑEZ—VESTIGIOS DE LA ANTIGUA FERTILIDAD—FERVOR RELIGIOSO DE LOS TURCOS—CASA DE JOSÉ DE ARITHMATEA—FERTILIDAD DE JAJA—MODO EXTRAÑO DE CAMINAR—ADIOS AL PADRE LUIS—SALIDA DE JAJA—CAFA—MONTE CARMELO—CONVENTO—ESCUELA DE LOS PROFETAS—LEGO EMPRENDEDOR—MAGNÍFICA VISTA Y FERTILIDAD DEL CARMELO.

En la tarde fuimos á ver un espectáculo verdaderamente triste y lamentable. En Jerusalem, donde al pié de la letra, no quedó piedra sobre piedra de lo antiguo, hay un muro cerca de donde estaba el antiguo templo, que se dice formado con las mismas piedras, que quedaron de este edificio. Este muro es objeto de mucha veneración para los judios, que como he dicho ya, van de todas partes del mundo para morir allí, y ser enterrados en el valle de Josafat. Todos los viérnes desde las tres de la tarde, comienzan á reunirse los judios, hombres y mujeres. El objeto de esta reunion, es única-

mente llorar y lamentar en presencia de estas piedras, la ruina del Templo y abatimiento de su ciudad. Todos los extranjeros y peregrinos van á ver este triste espectáculo; y los judios sin cuidarse de la presencia de los extraños, y aun de las burlas que les dirigen, siguen su llanto y lamentaciones en aquel lugar. El ir simplemente á llorar allí, les ha costado mucho dinero, que han pagado al gobierno turco, para adquirir este derecho. Fuimos, pues, nosotros á las cuatro de la tarde, y encontramos cosa de cincuenta judios, entre hombres, mujeres y niños. Algunas mujeres sentadas en el suelo, leian la Biblia y lloraban al mismo tiempo; otros, recargados contra el muro, hacian lo mismo: algunos habia que volteados contra el muro daban gritos y sollozaban lastimosamente: en fin, habia otros, que quizá mas fervorosos, despues de llorar pegaban el oido á la pared, esperando escuchar la voz del ángel, que les ha de anunciar al Mesias cuando venga. ¡Oh qué espectáculo tan lastimoso! Ver la ceguedad é infelicidad de aquellas pobres gentes; ver aquellas figuras vestidas de harapos, pues así andan todos los judios. Oir su llanto lamentando su presente desgracia: escuchar sus gritos y lastimeros sollozos: ver sus ademanes tan expresivos para significar el dolor y la afliccion: todo esto, digo, es tristísimo, y yo en vez de reirme de su voluntaria ceguera, y de su vana y ridícula expectacion del Mesias, como lo hacen muchos extranjeros, me conmoví tanto, que las lágrimas me venian á los ojos, y tuve que retirarme de allí lo mas pronto que pude. Contemplaba en aquellos infelices, á los descendientes de los que en la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, dijeron: «su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Vea la mano de Dios levantada sobre ellos para castigar el horrendo deicidio. (1) Entre

(1) CASTIGO DE LOS JUDIOS Y DESTRUCCION DE JERUSALEN.— Tocaban ya á su término las profecias del Salvador sobre las calamidades y reprobacion de la nacion judia. Los hombres que habian oido su publicacion, y que debian ser testigos de su cumplimiento, contaban ya mas de treinta años desde esta amenaza terrible: pero lejos de evitarla con la penitencia, endurecidos los habitantes de Jerusalem, y sobre todo la parte mas distinguida de la República, los jefes del pueblo y los principes de los Sacerdotes habian llenado la medida de

aquellas ruinas de la antigua ciudad me parecia oír la voz inspirada de Daniel, anunciando que aquella desolacion y afliccion durará hasta la consumacion del mundo. Se presentaba tambien á mi imaginacion la divina ternura de nuestro Salvador, llorando la rui-

sus crímenes con una impiedad consumada: funesta y ordinaria consecuencia de los grandes atentados. El espíritu de vértigo, el oscurecimiento de la razon, y los principios errados de conducta y de política fueron los efectos que produjo el desprecio de la Religion y de las loables costumbres. Y conmovidos así los fundamentos del estado, se hallaba, en un punto tan crítico, que la primera revolucion que sobreviniese debia naturalmente ser su ruina.

Pero antes que cayese sobre ellos el último golpe, quiso el Señor que sintiesen las primicias de su venganza, en la dureza con que los trataron los Gobernadores romanos, á cual mas avaros, crueles y tiránicos. Arruináronlos como á porfia con sus rapiñas y malos tratamientos Cuspido Fado, Tiberio Alejandro, sobrino del célebre Filón y Ventidio Cumanio posteriores á Poncio Pilato. El Emperador Calígula los habia reducido al último extremo con su ciego frenesí colocando su estatua en el templo para que la adorasen. Entónces los pueblos de Alejandría, autorizados por las disposiciones de la Corte y de su gobernador Flaco, trataron así en la ciudad como en todo el Egipto del modo mas atroz á los judios, cuyo número llegaba á un millon de personas. A mas del odio general contra la nacion, aborrecia el gobernador á Herodes Agripa, que condecorado de nuevo con el título de Rey pasaba por Alejandría á su vuelta de Roma á Jerusalem. Arruinaron y quemaron algunas Sinagogas, y en las que quedaban erigieron la estatua del Emperador para tributarle honores divinos. Un edicto del gobernador Flaco declaraba á todo israelita no solo excluido del derecho de ciudadano, sino tambien reducido al estado de cautivo en guerra. En consecuencia de esta ley los desalojaron de la mayor parte de sus habitaciones, saquearon sus casas y tiendas, y repartieron la presa como si fuese botin de enemigos del Estado. Emplearon el fuego y el acero con una infinidad de estos miserables, y arrastraron sus cadáveres despues por todas las calles. Azotaron á los Senadores judios, é hicieron sufrir vergonzosos y crueles tormentos á las mugeres mas principales para obligarlas, contra su ley, á comer carne de puerco.

En el país de los Partos, en Mesopotamia y en Babilonia sufrieron aun peores tratamientos los hijos de Jacob, y su sangre fué derramada con ignominia y furor. Refugiáronse á Selencia, ciudad la mas considerable de aquellas regiones, poblada de Griegos y Sirios con quienes simpatizaban mucho; pero los Griegos procuraron y consiguieron desunir á estos nuevos aliados, y aliándose despues con los Sirios cayeron de repente sobre los judios y pasaron á cuchillo mas de cincuenta mil. En Jerusalem, donde el concurso de los pueblos á la celebracion

na de aquella ciudad desgraciada. Le veia pendiente de la Cruz, dirigiendo á su eterno Padre, aquella heróica plegaria: «Padre perdónales, porque no saben lo que hacen.» ¡Ah! cómo me habia de reir en aquellas circunstancias? ¿Cómo no conmovirme con

de la Pascua fué asombroso, siendo gobernador Ventidio Cumanio, pusieron como acostumbraban tropas armadas en las galerías del templo para precaver cualquier tumulto y desorden, y habiendo cometido un soldado cierta irreverencia, encolerizóse la plebe y principió á gritar que aquella injuria no se hacia á los judios, sino á su Dios, y al punto hacinó una nube de piedras sobre las cohortes.

Habiendo acudido el gobernador con el objeto de apaciguar la sedicion, le llenaron de improperios. Como no era menester tanto para irritar á un hombre tan mal preparado, hizo al momento tomar las armas á todas sus tropas, y las reunió en la torre llamada Antonia, que era una especie de ciudadela que dominaba al templo. El populacho atemorizado intentó ponerse en fuga, pero se atropellaban tanto unos á otros, que en los tránsitos que eran estrechos se ahogaron hasta veinte mil de ellos.

Varios impostores que se fingian inspirados les sedujeron despues poniéndose á su frente, prometiéndoles el imperio de las naciones; pero todos fueron derrotados, y juntamente pereció una multitud innumerable de aquel desventurado pueblo, tan fácil de seguir á los que le engañaban como sordo á la voz de Dios.

Levantáronse en Judea unas tropas de asesinos, llamados sicarios, por el puñal con que siempre iban armados, siendo gobernador Félix, aquel que trató á San Pablo con tanta humanidad y le hizo trasportar á Roma. He aquí cómo principió este desorden. Habiéndose hecho odioso á Félix el Pontífice Jonatás, le hizo matar aquel gobernador por algunos vagabundos, que en gran número infestaban ya el país. La impunidad de semejante atentado aumentó en extremo la audacia de estos hombres facinerosos. Cada dia cometian de nuevo asesinatos y especialmente en las fiestas; pues armados de un puñal que llevaban oculto, se mezclaban en todas partes entre la multitud, y cuando ménos se pensaba se ejecutaba su venganza personal; y con mas frecuencia la de los malvados que los asaltaban. No tardaron mucho en hacerse poderosos y en sublevar al pueblo contra el Imperio, robando y maltratando á los que permanecian fieles á los Romanos.

Los perturbadores se aumentaban todavia por la imprudencia del sucesor de Félix. Albino, que este era su nombre, intentó recobrar el afecto de los judios con algunas muestras de indulgencia; pero el rigor no menos que la clemencia contribuia á la ruina de este pueblo reprobado. Habiéndose informado el gobernador de todos los presos que habia en Jerusalem, hizo quitar la vida á aquellos cuyos delitos enormes no podian quedar impunes, y dió la libertad á todos los

un tan terrible espectáculo? ¡Pobres judíos! ¡Qué desgraciados son!

Todos ellos se distinguen perfectamente de la demás población. Visten una especie de túnica asegurada en la cintura con una faja;

demás, que eran muchachos, los cuales reunidos á los sicarios exaltaron á lo sumo la audacia de estos.

El gobernador Gesio Floro que sucedió á Albino, y cuya muger era favorecida de la Emperatriz Popea, por evitar un extremo dió en otro y trató á los judíos con la mayor crueldad. Ejecutáronse en la provincia robos y vejaciones con toda la dureza é insolencia de que es capaz un malvado puesto en altura y apoyado de la corte. Los ladrones que robaban los campos partían con él las presas con el mayor descaro y desvergüenza. Los naturales abandonaron la Palestina para ir á establecerse en tierras extrañas al ver tanta desolación. Cestio Gallo, Gobernador de Siria, á quien estaba sujeta la Judea, llegó un día á Jerusalem, y salióle al encuentro una multitud increíble de aquellos infelices, hasta el número excesivo de tres millones, suplicándole los libertase de Floro; pero sus ruegos fueron inútiles, y la tiranía se fortaleció con el auxilio de la política. Tantos horrores solo eran un anuncio pasajero de los que después vendrían; porque era necesario que cayese con toda su fuerza la maldición sobre los mismos judíos por haber pedido la condenación del Hijo de Dios, y que viniese sobre ellos y sobre sus hijos la sangre inocente. Una luz resplandeciente iluminó el templo en medio de la noche, de modo que semejava al resplandor del medio día, el año 67 de Jesucristo, en el día 8 de Abril en que cayó la fiesta de los Azimos. Abrióse por sí la puerta oriental, que era de bronce y tan pesada, que se necesitaban 20 hombres para moverla, sin embargo de estar cerrada con enormes cerrojos y afianzada con barras de fierro que se introducían en la pared. Aparecieron sobre la ciudad unos fuegos poco tiempo después de la fiesta en el día 21 de Mayo por la tarde, á cuyo fenómeno no se podía señalar causa natural. Se oyó también una voz muy clara en la solemnidad de Pentecostes, después de haber resonado en el templo un espantoso ruido no habiendo dentro nadie, cuya voz dijo: "Salgamos de aquí" "salgamos de aquí."

Sin embargo mucho más que estos prodigios aterraron las amenazas que profirió un hombre llamado Anano contra Jerusalem y contra el templo, durante los cuatro últimos años que precedieron á su ruina. Habíase trasladado este hombre del campo á la capital con motivo de la fiesta de los Tabernáculos que se hacía con el más profundo silencio; y él sin el menor síntoma de revolución principió á esclamar repentinamente: ¡Ay del templo! ¡Ay del templo! Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos! ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalem! Y no paraba día y noche de correr por la ciudad repitiendo los mismos gri-

portando un sombrero negro de copa cónica, con la falda levantada por los lados; barba larga, los cabellos cortados, menos los de arriba de las sienes que les cuelgan hasta los hombros. Las mujeres nada tienen de particular en el vestido, que poco más ó menos es á

tos. Hicieronle castigar rigurosamente los Magistrados para que guardase silencio, y todo lo sufrió sin quejarse ni decir una palabra en su defensa; mas siguió clamando lo mismo sin interrupción. Le llevaron á vista de esto á presencia del gobernador romano quien le mandó azotar con varas y con tanta crueldad que se le descubrieron los huesos. No derramó una sola lágrima, ni pidió misericordia con tantos tormentos; y á cada golpe que le daban repetía con voz más levantada. ¡Ay de tí, ay de Jerusalem! No respondía una palabra y proseguía gritando del mismo modo y fuerza cuando se le preguntaba de donde había venido, y qué intentaba con aquellos clamores. Dejaronle al fin como á loco sin que él cambiase jamás de lenguaje no hablando con nadie, y ni se quejaba de los que lo maltrataban ni daba gracias á los que lo socorrian. Observóse que su voz no se aminoró, aunque la ejercitaba con tanta violencia: antes por el contrario después de más de tres años, cuando ya estaba la ciudad sitiada arreció sus gritos, vagando sin cesar por las fortificaciones; hasta que venido el momento de su propia desgracia, exclamó: «¡Ay de Jerusalem, ay de mí también!» y en aquel punto pereció al golpe de una piedra disparada por una máquina.

Mas nada pudo contener á sus contemporáneos en el camino de su ruina, y obstinados más y más cada día en seguirle se embriagaban en brazos de una seguridad imaginaria, á la más insignificante victoria que conseguían de sus enemigos. La furiosa plebe se apoderó del castillo de Masada, pasando á cuchillo á la guarnición romana, después de haber obligado á huir al Rey Agripa, que intentó sujetarlos á la razón y reconciliarlos con el pueblo romano. Eleázaro, hijo del gran Sacerdote, y comandante de las tropas destinadas á custodiar el templo, prohibió al mismo tiempo que en lo futuro se hiciesen los sacrificios que tenía de costumbre el Emperador: injurioso signo de rompimiento y de abierta rebelión.

Los hombres de juicio desaprobaban esta conducta y no eran oídos; y los asesinos ó sicarios aunados con los sediciosos, asaltaron la parte superior de la ciudad y se apoderaron después de la fortaleza Antoniana. Cayeron así mismo sobre Jerusalem los ladrones derramados por los campos, tomando el honroso nombre de celotas, y los romanos fueron sorprendidos por todas partes, y se vieron en la precisión de encerrarse en algunas torres. Consumieron los pocos víveres que tenían en breve tiempo, y el hambre los obligó á rendirse y perecer, pues todos fueron degollados, aunque se les prometió la libertad y la vida.

la europea. Casi todos los judíos de Tierra Santa entienden y hablan el castellano, aunque muy adulterado: la mayor parte de ellos son descendientes de los judíos expulsados de España. Son todos de modales muy atentos y en general, de muy buena figura; aun-

Los Romanos de Cesarea que eran en mayor número, vinieron sobre los judíos el mismo día en que se llevó á cabo esta perfidia, y degollaron á mas de veinte mil. El gobernador Floro mandó prender á aquellos á quienes por política se habia perdonado la vida, y cargándolos de cadenas los envió á los puertos de la provincia. Enfurecieron los judíos de tal suerte luego que se divulgó esto por toda la nacion, que era imposible tenerlos á raya. Vinieron sobre los pueblos y ciudades de que pudieron apoderarse, quemaron unas, arruinaron otras, y no perdonaron á los habitantes de ninguna edad ni sexo; al mismo tiempo que los Sirios por otra parte se manifestaban no menos crueles acometiendo á los hebreos en todos los lugares donde estos eran mas flacos, y degollándolos sin misericordia. Con el cuidado de su propia seguridad se animaban los mas pacíficos; mas como era tan grande el número de los hebreos en otras muchas plazas, se vió cada una dividida en dos tropas de matadores que hicieron otras tantas carnicerías. Tomaron las armas contra los israelitas furiosos que asolaban el pais los judíos de Escitópolis para congraciarse con los Sirios que eran allí los mas fuertes; pero no pudiendo los Sirios fiar mucho de la buena fé de estos falsos hermanos, les pidieron por prueba segura de su fidelidad, que todos con sus familias se retirasen á un pequeño bosque cercano, donde los hicieron perecer sin excepcion en número de trece mil. Abandonóse á la desesperacion mas horrorosa Simon hijo de Saulo, que habia influido mucho en la indigna resolucion de los demas judíos, luego que vió el fin trágico de su perfidia: porque exclamaba, que él habia merecido este castigo dando armas á sus hermanos contra sus hermanos. El desesperado despues de haber proferido estas palabras, miró con aire feroz á todas las personas que componian su familia, y agarrando á su padre de sus blancos cabellos le atravesó con la espada, despues á su madre, y despues á su muger y á sus hijos, que léjos de resistirse se apresuraron á ser sacrificados. Alzando despues en alto el brazo para que mejor le viesen, con el mismo puñal que gotaba aún la sangre de toda su familia se despojó á sí mismo de la vida. En todas las plazas de Siria se trató á los judíos con la misma inhumanidad, excepto en las ciudades de Antioquia, Apamea y Sidon. Por donde quiera aparecian las calles y caminos sembrados de sus cadáveres, los cuerpos de los viejos yacian confundidos con los de los hombres armados, y las mugeres desnudas quedaban expuestas al público para insultar su pudor aun despues de la muerte.

Los egipcios no fueron menos crueles, pues un día en que el pueblo alejandrino estaba reunido en el anfiteatro donde se hallaban muchos judíos, los ene-

que tienen impreso ese *no sé qué*, que distingue á los judíos en todo el mundo, y hace que jamás se confundan con las demas naciones. Nunca piden limosna aun cuando estén en suma pobreza. Se les ve andar vendiendo ropa vieja, fierros viejos y otras cosas

migos de estos comenzaron de improviso á gritar que eran espías y traidores. Huyeron los judíos; pero habiendo cogido á tres se preparaban los de la plebe á quemarlos vivos. Entonces corrieron los otros á la defensa de sus hermanos, y comenzaron una furiosa carga de pedradas, y asiendo despues unas hachas encendidas se dirigieron al anfiteatro para quemarlo con la multitud que allí habia. Tiberio Alejandro, gobernador, hizo marchar al punto dos legiones romanas y quinientos soldados de Libia, con orden de quitar la vida á todos los hebreos, despues de haber saqueado sus casas y puesto fuego al barrio en que habitaban. Los acometieron las tropas en un sitio solitario que se llamaba Delta, y los judíos se defendieron con la mayor furia, pero al fin les fué preciso ceder, y perecieron en tan grande número que quedó inundada de sangre toda aquella parte de la ciudad. Esto no es exagerado, pues eran altísimos los montones de cadáveres que pasaban de cincuenta mil. El gobernador aterrado á vista de tan trágico espectáculo, intentó entretener la furia de las legiones; pero no fué obedecido de los bárbaros indisciplinados, y mucho menos del populacho que acabó de saciar su rabia en los muertos, no encontrando ya á quien sacrificar....

Tito con seiscientos caballos se adelantó con el objeto de reconocer la plaza, y juzgó que los ciudadanos cansados de sus males le abrirían las puertas de la ciudad; pero los tiranos habian tomado sus medidas para que esto no sucediese, y nadie se atrevía á disgustarlos; y por el contrario hicieron una salida en la cual faltó poco para que el principe pereciera. Al día siguiente se acercó con mas circunspeccion y sentó sus reales muy cerca de los muros. Era en extremo ventajosa la situacion de Jerusalem y el arte se esforzó empleando todos sus conocimientos para hacerla inconquistable. La ciudad cercada por todos los sitios expuestos al ataque de una triple muralla, estaba situada en dos montes, y fortificada con una hermosa ciudadela que se llamaba la torre Antonia; y á esta se agregaban las fortalezas del palacio y del templo no inferiores á la primera. No faltó el tiempo necesario para fortificar estos baluartes, que estuvieron muy pronto en estado de defensa. Los romanos forzaron la primera fortaleza á los quince días del sitio, que era el 3 de Mayo, entrando por una anchurosa brecha abierta con el ariete á vista de los sitiados. Así se hicieron dueños de la parte septentrional de la ciudad hasta el valle del Cedrón, á cuyo lado opuesto habia otros dos baluartes. Los romanos confiaban que los judíos se rendirian ántes de llegar á los últimos extremos, y se abstuvieron de toda violencia. Forzó Tito la segunda fortaleza cinco días despues, y hubo muchos combates sangrientos. Allí permitió ántes